

Como se puede ver, se trata de una colección de ensayos producidos por Ortega entre 1907 y 1937, es decir, desde los años de su formación inicial al período de madurez, lo que ilustra

el estilo de pensamiento y escritura orteguianos en diferentes períodos y, como es característico del filósofo español, motivado por temas variados.

LOS ORÍGENES DE LA MODERNIDAD EN ESPAÑA

AZNAR, Hugo; ALONSO ROMERO, Elvira y MENÉNDEZ ALZAMORA, Manuel (eds.): *La Generación del 14. España ante su modernidad inacabada*. Madrid: Plaza y Valdés, 2016, 272 p.

JUAN BAGUR TALTAVULL

ORCID: 0000-0002-0356-7956

Cuando hace dos años se celebró el centenario de la Generación del 14, aparecieron numerosas e interesantes obras para conmemorarlo. Dos años después, Hugo Aznar, Elvira Alonso y Manuel Menéndez Alzamora dirigen un libro que demuestra que aquel conjunto de intelectuales fue tan esencial en la historia de España que no es posible limitar las investigaciones a las efemérides, pues siempre es posible y necesario meditar acerca de los artífices de nuestra modernidad. Precisamente esta conexión entre la España de comienzos del siglo XX y la de los inicios del XXI vertebraba intencionalmente todos los capítulos del libro que nos ocupa.

La Generación del 14 es una obra colectiva de quince autores, pertenecientes a diversas disciplinas –Historia, Filosofía o Derecho– que unen sus esfuerzos en el marco de dos Proyectos I+D+i encuadrados en la línea de

investigación “Democracia deliberativa, comunicación y ciudadanía” de la Universidad CEU Cardenal Herrera¹. Formalmente, el libro se compone de un capítulo por autor, con una extensión de entre quince y veinte páginas y una bibliografía particular. Estos capítulos se organizan a su vez temáticamente en tres partes: “Personas”, “Ideas” y “Proyecciones”. El libro queda completado con una “Introducción” y, al final, una breve reseña “Sobre los autores”.

La introducción, escrita por Hugo Aznar y Manuel Menéndez Alzamora, lleva por título “El éxito *histórico* de la Generación del 14”, y es particularmente interesante por establecer una doble conexión. Primero, entre las secciones del libro, pues temas tan diversos como el pensamiento de Manuel Azaña, el de Tierno Galván, o el diálogo entre Ortega y El Greco, quedan estructurados al exponerse la voluntad del libro: mostrar que todo ello forma parte del

¹ Los proyectos son “El surgimiento de la sociedad de masas y la crisis de la ciudadanía: los casos de W. Lippmann y J. Ortega y Gasset” (Referencia: FFI2010-17670) y “Democracia deliberativa: fundamentos normativos, implementación práctica y autorregulación” (Referencia: PRCEU UCH 13/01).

Cómo citar este artículo:

Bagur Taltavull, J. (2016). Los orígenes de la modernidad en España. Reseña de “La Generación del 14. España ante su Modernidad inacabada”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (32), 185-190. <https://doi.org/10.63487/reo.340>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 32. 2016
mayo-octubre

proceso de transición de España a la modernidad. En segundo lugar, plantean una relación directa entre dicha actuación y la democratización iniciada en 1975. Los dos autores no dudan en afirmar que “la Transición española del último tercio del siglo XX fue tan exitosa porque una parte fundamental de ella ya se había producido en el primer tercio de ese mismo siglo” (p. 11). El retorno de España a la modernidad y a Europa, simbolizada por los tres directores de *España* —Ortega, Araquistáin y Azaña—, ofreció una serie de ideas, claves y formas que se retomarían a la muerte de Franco. La anomalía, explican, no es por tanto el éxito de la democratización, sino el retorno al pasado desde 1936. La de comienzos de siglo fue así una “transición pospuesta”, una “transición inacabada” (p. 12).

El libro entra con ello en uno de los debates de la política española actual, en la que desde diversos sectores se desprestigia o ataca la Transición. Y de esta manera cumple perfectamente la función que toda obra intelectual ha de desempeñar en la sociedad: sacar a los profesores de la Universidad y llevarlos a la plaza pública. En este caso, no desde el periódico —según indicaba Ortega al llamarlo “plazuela”—, pero sí a través de un libro que es de amena y fácil lectura. Sin que esto signifique la ausencia de rigor y erudición, es un trabajo interesante para los especialistas en el tema, pero que también puede servir a aquellos que quieran introducirse en él. No únicamente por la amplitud de temas tratados, sino también porque —siguiendo esta vez sí literalmente a Ortega—, hacen de la

claridad la “cortesía del filósofo” (o del profesor de Historia, Derecho, dependiendo del caso).

De este modo, la primera parte del libro se refiere a algunos de los nombres propios de la Generación del 14. Comienza Jaime Vilarroig centrándose en Unamuno con un capítulo que le presenta como “despertador de la Generación del 14”. Para ello sigue un método comparativo, entre las ideologías inauténticas de la época, y la biografía política auténtica de Unamuno. Repasa así su vida, y concluye señalando que un punto importante de conexión entre las generaciones del 98 y del 14 es el liberalismo. No obstante, el de Unamuno carece del elitismo orteguiano, puesto que se adelanta al personalismo filosófico al plantear, frente a las ideas de masa e individuo, las de pueblo y persona.

Mercedes Cabrera Calvo-Sotelo presenta después a Nicolás María de Urgoiti, amigo personal de Ortega y promotor de *España*, *La Voz*, Espasa-Calpe o la Casa del Libro. La autora dedica gran parte de su capítulo a exponer la importancia de la Gran Guerra, momento crítico que provocaría en él nuevos compromisos y el inicio de una reflexión general. A ello se sumaría su conocimiento de los periódicos de masas de fines del XIX, aunque le interesaba más la élite. Cabrera muestra que en Urgoiti se fundían las vocaciones periodística y política, porque su gran objetivo era la formación de opinión. En este sentido, su gran logro fue la formación de *El Sol* en 1917, que logró reunir a los principales integrantes de la Generación. Urgoiti

fue uno de los modernizadores de la prensa en España, y en este sentido José Ruiz-Castillo es un equivalente en el mundo de la edición. Dolores Thion Soriano-Mollá repasa la importancia del fundador de Biblioteca Nueva. Le denomina “intelectual orgánico” e indica que, en la línea orteguiana, asume un papel activo que da a la actividad empresarial un sentido cívico. Con este fin creó la editorial mencionada, convirtiéndola en una plataforma de difusión de las ideas reformistas de la Liga de Educación Política, facilitando así el triunfo de sus propuestas europeizadoras.

Una de las personas que participó en la Liga y en *El Sol* fue Manuel Azaña, cuyo capítulo escribe José Peña González. Al igual que en los dos personajes anteriores, se juntan en él dos vocaciones, pero en esta ocasión son las de político e intelectual. El autor describe su relación inseparable, lo que constituye la mayor originalidad de su condición, y para ello reconstruye la biografía de Azaña a partir de las cuatro ciudades donde se enmarca. La de su nacimiento, Alcalá de Henares, de donde toma el castellanismo que define su interpretación de la historia de España. Luego, El Escorial, pues allí la pérdida de su fe es definida no únicamente como crisis de identidad religiosa sino también nacional. Una vez que viaja a París en 1911, la racionalidad y el republicanismo de la capital de la III República; y por último, Madrid, urbe en la que la esencia nacional queda sintetizada por la elegancia del Teatro Real y el carácter popular de la Plaza de Toros.

Si Azaña encarna una interpretación laica y racionalista de España, todo lo contrario encontramos en el personaje al que dedica Alfredo Alonso García su texto: Ángel Herrera Oria. El autor compara algunos textos del fundador de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas con los de Ortega, para mostrar la similitud que guardan en aspectos que son comunes para los integrantes de la Generación. Entre ellos, el europeísmo, la crítica a la Restauración y la apelación a una renovación política de la sociedad, o la intervención desde diferentes ámbitos sociales, que van desde el periódico hasta el sindicato. A ello hay que añadir lo que diferencia al futuro obispo de Málaga no solo de Azaña, sino también de Ortega: su aceptación de la doctrina católica y una identificación de la historia de España con el catolicismo.

Otro capítulo muy interesante porque trata un aspecto olvidado de la Generación del 14 es el de Marcia Castillo Martín, dedicado a sus mujeres. Personas de la talla de María Goyri, María de Maeztu o Isabel Oyarzábal se encuadran en la misma generación debido a experiencias compartidas, entre ellas el nacer en familias internacionales y de progenitores profesionales, o la internacionalización bajo el eje británico. Esto permitiría que asumieran los valores democráticos y de participación ciudadana de aquel lugar, así como el modelo de mujer activa que después trataron de trasladar a España. Para ello desarrollaron espacios entre los que destacan el Lyceum Club y la Residencia de Señoritas, y se abrieron camino siendo autodidactas

hasta lograr en torno a los años veinte su normalización en tanto que intelectuales.

La segunda parte del libro, centrada en las ideas que movilizaron a la Generación, está protagonizada especialmente por Ortega. Comienza Juan Manuel Monfort Prades con un estudio de El Greco en la obra del madrileño, señalando las diversas fases por las que pasa su interpretación. Ésta se liga sobre todo a la meditación de España, primero al ver en los paisajes del cretense una representación del celtiberismo frente al positivismo, y más tarde el clasicismo ante el casticismo. También muestra el autor qué cuadros concretos sirven al filósofo para meditar acerca de aspectos que incluyen la relación entre vida y cultura, según se ve por ejemplo en 1915 con la descripción de *San Mauricio y la Legión tebana*. En esta línea, un año antes Ortega pronunció *Vieja y nueva política*, texto que también trata el problema de España y que sirve a Elvira Alonso Romero para exponer las ideas políticas de la Generación del 14. Negando que la vieja política se refiera exclusivamente al problema concreto de la Restauración, pues excede al contexto europeo, la autora define la nueva política desde tres elementos. Primero, la denuncia de la escisión entre la opinión pública española y las instituciones. Segundo, la voluntad de incorporar la dimensión social, sabiendo que el problema español es de vitalidad. Y tercero, la superación de la crisis del liberalismo desde la incorporación del socialismo. Señalado esto, Alonso expone las características de la Liga de Educación Política, formada

en 1913 para unir a los intelectuales y lograr una organización de la nación. Además, resalta la conexión de la actitud política orteguiana con su filosofía –en 1914 publica también *Meditaciones del Quijote*– y habla así de la “política fenomenológica” como definición de esa nueva política que parte de la vida concreta.

La renovación del liberalismo a través del socialismo es tratada más detalladamente por Enrique Herreras Maldonado. Parte de la base de que Ortega fue liberal, pero frente a reduccionismos que le recriminan su elitismo, sostiene que es precisamente su concepción de la libertad lo que le lleva a aceptar el socialismo. Ya desde la época neokantiana identifica la libertad con la justicia social, y asimismo asume el principio de organización como clave para incorporar a los obreros en la construcción nacional, y asimismo de establecer las condiciones para el desarrollo de la vocación personal. Al mismo tiempo, el de Ortega fue un socialismo no dogmático, que compara el autor con la propuesta del “socialismo procedimental” de Adela Cortina o la “democracia deliberativa” de Jesús Conill. Precisamente esta teoría es la que permite diferenciar la visión aristocrática del socialismo orteguiano del elitismo, pues se refiere al triunfo de los mejores frente a las oligarquías.

Un segundo aspecto clave de la propuesta orteguiana en 1914 es el de la pedagogía política. Sin embargo, Ortega también escribió sobre pedagogía en sentido amplio, y el capítulo de Guillermo Taberner Vázquez repasa las posibilidades que ofrece para la actuali-

dad. Afirma que no hay pedagogía sin antropología, y por tanto en el caso de Ortega se ha de partir de su concepción de la vida como quehacer. Para exponerlo, el autor repasa el ciclo educativo según el filósofo lo expone a lo largo de su obra. Comienza con la fase primaria, partiendo de que la adultez es integración —que no supresión— de la niñez, y por eso la educación sentimental de los pequeños ha de respetar su circunstancia. Luego, Taberner repasa los diversos textos en los que se habla de la Universidad, mostrando que para Ortega era un auténtico “poder espiritual”, institución básica de la cultura europea. Por eso, la definió en tanto que entidad cuya función principal no habría de ser la investigación, sino la cultura, de suerte que era un elemento sin el que no sería posible superar la crisis de la razón en Europa. Dicha cuestión es la que desarrolla en parte Ángel Peris en su capítulo. Analiza las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, así como los sucesos revolucionarios de 1917 en España, para sostener que la trágica vivencia que tuvo la Generación de aquellos hechos fortaleció su apuesta por la integración europea frente al nacionalismo excluyente. También este autor resalta el cambio en la concepción de la vida y de la política de Ortega hacia 1914, que frente al idealismo le permitiría asumir el ya mencionado proyecto de organización nacional. Siendo liberal, se posiciona con los Aliados, contra al estatismo que encarna Alemania, y considera que su triunfo lo es de la modernidad, de los principios que identifican a Europa. De esta suerte, los pilares de la nueva

política, la nacionalización y el liberalismo, son interpretados a la luz de la naciente Liga de Naciones, ya que Ortega ve en ella un paso hacia la creación de una Europa unida desde los ideales de los Aliados.

La última parte del libro incluye cuatro capítulos que estudian diversas proyecciones de la Generación del 14, centrándose los dos primeros en nuevas interpretaciones de su filosofía. Javier Gracia Calandín vuelve a *Meditaciones del Quijote* para exponer, frente a la usual interpretación fenomenológica, otra que parte de la hermenéutica. Más concretamente, de una transformación hermenéutica de la fenomenología, que muestra similitudes con Heidegger y aspectos de Husserl. Sin embargo, Ortega a diferencia de estos dos sitúa la pregunta sobre el ser en la vida: esto es lo que a juicio del autor permite ensayar una mayor aproximación a Gadamer. A partir de aquí, Gracia compara las nociones de “perspectiva” orteguiana y “horizonte” gadameriano, y en base a esta conexión propone leer la metáfora del “escorzo” que aparece en el libro de 1914 y también la idea de multiculturalidad. Por su parte, Jesús Antonio Fernández Zamora parte igualmente de *Meditaciones del Quijote*, pero para sostener que supone la entrada de España en el postmodernismo. Su texto estudia la filosofía de varios autores de la Generación para demostrar que pretenden una superación de la modernidad, entendiendo ésta como apuesta por el subjetivismo. Comienza por Ortega, cuyo proyecto elaborado entre 1911 y 1914 considera claramente postmoderno. Sigue después con

García Morente, analizando su idea de progreso, que diferencia del concepto de proceso al vincularlo al mundo de los valores. Termina con Xavier Zubiri, indicando los vínculos que con el postmodernismo tienen sus nociones de “inteligencia sentiente” y de “sustantividad”.

Las proyecciones que quedan por analizar se dedican a dos personas concretas: Enrique Tierno Galván y Francisco Umbral. La trascendencia que la Generación del 14 tuvo en el primero es estudiada por Héctor Romero Ramos. Particularmente, se detiene en Ortega, Azaña y Araquistáin. Siendo “orteguiano del interior”, Tierno mostró en varios de sus libros el interés por temas que incluyen la relación de España con Europa, la concepción de la técnica, o el papel de las masas. Sobre lo último, para criticar el elitismo, y lo primero especialmente al criticar el nacionalismo o definir las “vigencias colectivas” en sus *XIII Tesos sobre Europa*. A Azaña se asemeja por la interpretación peculiar de lo que llama “costismo”, considerándolo un precedente del fascismo español. En cuanto a Araquistáin, de forma muy breve Romero señala que es el nexo de unión entre los diversos frentes de la oposición con los que dialogó.

Por último, Manuel Menéndez Alzamora propone estudiar la memoria de las generaciones de Francisco Umbral a la luz de su propia existen-

cia generacional. Parte para ello de la suposición de que sus textos, que dividen entre cuentos y novelas y ensayos y artículos periodísticos, hacen presente como protagonista al “yo” de Umbral. Al contrario de otros intelectuales de la época, cree en la idea de “generación”, y así la suya –del 56, del 50 o de los niños de la guerra– está condicionada por dos circunstancias: Ortega y los sucesos de 1956 en la Universidad. La tesis que sostiene el autor es la de que Umbral, a pesar de no estar presente en dichos acontecimientos, se integra en el proyecto que según Abellán ejerce la Generación del 56: traer las nuevas tenencias europeas propiciando un cambio de mentalidad y la asunción de criterios para analizar los cambios sociales.

En conclusión, nos encontramos ante un libro que cubre un gran abanico de temas, relacionados con los diversos aspectos desde los que es posible acercarse a la Generación del 14. Entre ellos hay algunos que atraviesan prácticamente todas las colaboraciones, destacando en este sentido el europeísmo, la relación entre cultura y vida, el liberalismo o, lógicamente, la importancia de Ortega. Con todo esto, los autores logran demostrar la conexión entre la España de 1914 y la que siguió a la instauración de la democracia en 1978, cuya modernidad no hubiera sido posible sin el quehacer de los que vivieron en la primera.